



Piedra

En los años ochenta, un incendio que asoló los campos de Cadaqués me reveló lo que escondía la vegetación: todo un mundo creado por el hombre.

El trabajo y el ingenio de los campesinos de este rincón del Empordà convirtió un estorbo (las numerosísimas piedras de sus campos) en un auxiliar, primero, y en una fuente de belleza, después. Durante siglos estuvieron creando terrazas para retener la tierra; acequias, muros, puentes y escaleras para trabajarla; caminos para recorrerla; barracas, refugios para eludir la; ventanas, hitos desde donde mirarla. Todo ello desembarazando de piedras los campos y reutilizándolas para construir, sin usar argamasa: seleccionándolas, apilándolas y equilibrándolas, en el procedimiento que se llama "piedra seca". El resultado es un conjunto monumental, de una fuerza única, y de una extensión asombrosa. Firmo Ferrer, en su libro "Cadaqués des de l'Arxiu", ha calculado cuánta pared de piedra seca puede haber en su término municipal. La cifra es escalofriante: mil ochocientos kilómetros. Levantados a mano, piedra a piedra.

El uso de la piedra seca se extiende de un extremo a otro del Mediterráneo, en su orilla norte y al sur, así como en sus islas; pero creo que en pocos lugares la mano del hombre ha dejado tanto –y tan bien– su huella como en las inmediaciones del cabo de Creus. La lucha por la apropiación de una naturaleza tan dura ha creado una tensión particular en el paisaje. De los olivares de Cadaqués pudo decir Josep Pla que constituían un auténtico "jardín de planos superpuestos". Y añadió: "Este dulce afán del orden en medio del sabor áspero, romántico del paisaje produce una impresión inolvidable". Por supuesto, hoy los cultivos están prácticamente abandonados, y las asombrosas construcciones que los acompañaron esperan bajo la maleza el próximo incendio...